

Nuevo Régimen Político

- ★ Liberalismo Porfirista y Neoliberalismo, Similares
- ★ La Fuerza del Sistema Sólo era una Cosa Aparente
- ★ Ahora lo Importante, Evitar un Final Catastrófico

LORENZO MEYER

Entre el liberalismo porfirista y el neoliberalismo salinista hay más de un rasgo en común, incluso en su final.

Tanto en el porfiriato como ahora, la preservación del poder autoritario estaba montada menos en la represión y más en la aceptación del dogma de la inevitabilidad e invencibilidad del proyecto modernizador del poder presidencial, un poder más personal que

SIGUE EN LA PAGINA VEINTISEIS

Nuevo Régimen Político

Sigue de la primera plana

institucional. Cuando, pese a todo, alguien en nombre de la legalidad y la democracia lanzó un desafío a fondo, casi suicida, a ese poder —legalidad y democracia fueron el centro del conflicto político en ambos momentos—, una parte importante de la sociedad apoyó al retador, ante el desconcierto del desafiado, que no estaba preparado para ese cuestionamiento. Igualmente, otra parte de esa sociedad, y que hasta ese momento había apoyado pública e incondicionalmente al Presidente, discretamente se hizo a un lado, a esperar el desarrollo de los acontecimientos.

En ambas ocasiones, el guante se lanzó al rostro del poder establecido, justo en el momento en que la gran fiesta de la modernidad —en buena medida autolección de la élite del poder— parecía llegar a su punto culminante: al concluir las espléndidas fiestas del centenario en el primer caso y al entrar en vigor el Tratado de Libre Comercio con el poderoso vecino del norte, en el segundo.

Tanto Díaz como Salinas empezaron a negociar con sus respectivos rebeldes muy pronto, provocando el escándalo de quienes pedían mano dura para los insolentes. En las dos ocasiones, la fuerza militar del

gobierno estaba intacta al principiar la negociación —hay que recordar que Oscar Braniff y Toribio Esquivel Obregón empezaron a negociar con los maderistas en El Paso, cuando aún no tenía lugar el ataque a Ciudad Juárez. La razón de tan temprana negociación es la misma en ambos casos: la debilidad de la base de legitimidad del poder y la necesidad de preservar la estabilidad para no asustar a los inversionistas extranjeros, pues sin ellos no era viable el proyecto modernizador. En ambos casos hubo una pronta reorganización del gabinete como señal hacia los rebeldes y al país en su conjunto, de la voluntad presidencial, tardía, de enmendar el rumbo y cambiar lo que no había funcionado. Por el bien del país, hay que evitar que la similitud en los procesos continúe, pues con una Revolución mexicana basta y hasta sobra.

En realidad, el inesperado final del salinismo —como el del porfirismo— no estaba escrito de antemano; pudo haber sido distinto de haber habido la voluntad para cambiar a tiempo. Si finalmente las cosas desembocaron en la actual crisis política, en buena medida se debió al exceso de confianza en sí mismo del pequeño y compacto grupo que tomó el

poder en diciembre de 1988, y al obvio desdén de esos jóvenes tecnócratas por las capacidades de todos los que no eran o pensaban como ellos (dentro y fuera del gobierno). En la misma dirección operaron los fuertes instintos autoritarios del grupo y el apoyo acrítico y entusiasta de los aliados (beneficiarios) internos y externos, cuyas voces opacaron sistemáticamente las de la disidencia.

Como pocas, la élite salinista ha sido una fiel seguidora de los consejos que Maquiavelo dio al Príncipe en el siglo XVI. Sin embargo, el propio teórico florentino advirtió que, desafortunadamente, la política no es una ciencia exacta, y por tanto, incluso el más sabio de los príncipes está sujeto a los vaivenes de la fortuna. La fortuna acompañó al salinismo hasta el último día de 1993, pero voluble, le volvió inesperadamente la espalda el 1º de enero y permitió que se expusiera la fragilidad del grupo y de su proyecto. La resistencia estoica de una mayoría de la sociedad mexicana al castigo de más de 11 años de ajuste económico unilateral, bien pudo haberse prolongado unos meses o unos años más, pero no fue así. Finalmente la cuerda se rompió por lo más delgado —las

SIGUE PAG. CUARENTA Y SEIS

comunidades indígenas de los Altos de Chiapas— antes de que el Presidente pudiera entregarle la banda al sucesor que había designado.

El desafío al salinismo provino de un extremo geográfico, político y social de México: el ocupado por los más débiles, los más pobres, los marginados extremos. En principio, si las apariencias correspondieran a la realidad, un Presidente tan fuerte y seguro de sí mismo como el actual, debió de haber superado el reto sin mayores dificultades. En principio quien en un abrir y cerrar de ojos puso en la cárcel al liderazgo del sindicato más poderoso del país en 1989 —el petrolero—, podía hacer lo mismo con dos o tres millares de indígenas mal armados —es verdad que algunos tienen armas automáticas, pero otros cuentan apenas con rifles 22—, en un sitio inaccesible y prontamente aislado por un ejército muy superior en número y, sobre todo, en equipo.

Que el levantamiento de Chiapas haya llevado al gobierno a buscar la negociación una vez que los "transgresores" no pudieron ser destruidos al primer contragolpe, fue la admisión tácita de la debilidad de los cimientos del edificio salinista en particular y prista en general. Para poder llevar a cabo una guerra prolongada contra el EZLN con el apoyo del grueso de la sociedad, el gobierno requiere de consenso y, sobre todo, de una legitimidad, que hace tiempo están ausentes.

La debilidad de los cimientos y la estructura toda del sistema, quedó expuesta por primera vez en 1986-1988. Luis Javier Garrido en su excelente obra, *La ruptura. La corriente democrática del PRI* (Grijalbo, 1993), muestra paso a paso, cómo apenas cuatro personas —Cuauhtémoc Cárdenas, Porfirio Muñoz Ledo, Ifigenia Martínez y César Buenrostro— con recursos ridículos —oficina prestada o carteles en papel "revolución" diseñados por el presidente municipal de Talpujahuá—, terminaron por crear

en unos meses un movimiento masivo de tal calibre, que el 6 de junio de 1988 la Secretaría de Gobernación tuvo que recurrir a la excusa increíble de la "caída del sistema de cómputo" para evitar la caída del otro sistema, el de poder. Desde entonces, y como bien lo señalara Carlos Monsiváis, el Presidente Salinas se dedicó obsesivamente a ganar desde el poder las elecciones de 1988. Sin embargo, hoy, otra vez, un puñado de opositores, esta vez auténticos desconocidos —el subcomandante Marcos, el Comité Clandestino Revolucionario Indígena (CCRI) del Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN)— volvieron a poner al descubierto, ante México y el mundo, la precariedad de las bases políticas y morales del proyecto modernizador.

Como se apuntó, lo que ocurrió no era inevitable. El salinismo pudo haber evitado Chiapas siguiendo el camino que inició en 1989 en Baja California primero y en Chihuahua tres años más tarde, pero no fue así. Como se recordará, forzado por la crisis de 1988, Carlos Salinas obligó al año siguiente al PRI a romper con la tradición iniciada en 1929 y aceptaron por primera vez el triunfo de un candidato opositor en una elección estatal. Se trató de Ernesto Ruffo Appel, del PAN, en Baja California.

Hoy, tras un lustro de poder panista, Baja California no es el reino de la democracia, pero tiene una aceptable división del poder, una legislación y una estructura electorales que permiten lo que es imposible en el resto del país —elecciones creíbles—, una cultura cívica que acepta y propicia el debate entre oponentes y, finalmente, un PRI local que ya no es enteramente un partido de Estado. (Sobre estos puntos, véase a Tonatiuh Guillén, *Baja California 1989-1992*, Colegio de la Frontera Norte-UNAM, 1993). Como contrapartida, y en buena medida como resultado de un cierto debencamiento con el PAN, hoy no es imposible pensar en un retorno del PRI al poder en Baja California por

la vía de elecciones creíbles y competidas. Algo similar ha sucedido en Chihuahua.

Desafortunadamente, el salinismo se negó a seguir este camino hasta el final; no aceptó ceder nada ante el opositor más temible y más serio: el cardenismo y el PRD y ante el navismo en San Luis Potosí. Una y otra vez la sombra del fraude se proyectó sobre elecciones estatales, y el PRI se mantuvo como partido de Estado. La etapa inicial de la sucesión presidencial de 1994, se llevó a cabo de la manera más tradicional y sin ningún pudor: mediante el nombramiento directo del Presidente, del candidato oficial. La última elección local competida de 1993, la de Yucatán, se desarrolló como una comedia de equivocaciones, al final de la cual quedó como alcalde de Mérida justamente aquel que las cifras oficiales señalaron como perdedor mientras el supuesto ganador renunciaba a su triunfo.

Cuando desde las montañas de Chiapas primero y desde la catedral de San Cristóbal después, el subcomandante Marcos en nombre del CCRI, señala que en ese estado, feudo de Patrocinio González, Absalón Castellanos, Juan Sabinés o Jorge de la Vega, era imposible una acción política efectiva por la vía pacífica y democrática, no hay quien lo niegue. Cuando los voceros del EZLN insisten que en el país en su conjunto un proceso electoral honesto es imposible por la existencia de un partido de Estado, nadie les puede señalar que no están poniendo el dedo en la gran llaga del cuerpo político mexicano, un cuerpo enfermo de autoritarismo presidencial.

En conclusión, el salinismo fue básicamente el arquitecto de su propio destino. Ahora lo importante para el conjunto de la nación mexicana, es salvar de sus restos las partes mejores y evitar un final catastrófico. Hay que aprovechar la oportunidad para iniciar la construcción incruenta de un nuevo régimen político que, idealmente, deberá ser moderno, democrático y eficiente.